

Cristian Molina

**Judith Podlubne**

*Escritores de Sur. Los inicios literarios de José Bianco y Silvina Ocampo*

Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2011, 266 págs.

Cristina Molina es Becario postdoctoral en Conicet, Argentina. Doctor en Humanidades y Artes en la Universidad Nacional de Rosario. Ha publicado diversos artículos sobre literatura latinoamericana, tales como “Relatos de mercado. Una definición y dos casos en la literatura latinoamericana”. *Los límites de la literatura* (Alberto Giordano, comp. UNR, 2010); “Epistemologías del presente en la crítica literaria latinoamericana” (*Escrita*, 2011), “Relatos de mercado en la literatura conosureña. Aira, Fuguet y Noll” (*Calandria*, 2012), entre otros. Correo electrónico: molacris@yahoo.com.ar

ES CASI UN lugar común sostener que las revistas literarias traman las huellas sinuosas de la historia cultural. Escribir sobre la revista *Sur*, luego de los innumerales y extraordinarios aportes de María Teresa Gramuglio, de Enrique Pezzoni y de John King –por mencionar solo algunos de los más significativos y obviando los más recientes, como el trabajo de Patricia Willson–, se torna un problema, puesto que el devenir de un método que insiste en develar los entramados culturales –con una contundente fuerza de intervención en la literatura– que la revista *Sur* activó desde su aparición en la década del 30 ha generado una especie de densidad y complejidad en el diálogo y en el cruce de cada uno de estos aportes que puede hacer desistir a cualquiera en el intento. No es el caso de Judith Podlubne.

Una de las posibles explicaciones de su insistencia en acometer la tarea puede, tal vez, encontrarse en la confesión de que, según señala en la Introducción, “llegué a *Sur* por un camino lateral”: “el de la narrativa de Silvina Ocampo” (36). La lateralidad de ese camino, análoga al espacio que Silvina Ocampo ocupará en la revista –volveremos sobre esto–, implicó, entonces, entrar a la misma por un desvío como método para descubrir, con un asombro manifiesto, que el mismo, a su vez, se había expuesto y conformado en el interior de los debates de *Sur*. Ese desvío es la obra literaria de los escritores que intervinieron en *Sur*, como Borges, Mallea, Bianco, las hermanas Ocampo, y las demás voces que se fueron sumando y divergiendo en la constelación del grupo. La lateralidad del camino, que va de la obra literaria de Silvina Ocampo al interior de la revista, produce en la lectura, a su vez, un desplazamiento: de las hipótesis pasadas respecto de las experimentaciones narrativas en *Sur* que Gramuglio esgrime en sus artículos y de la hegemonía de dos tendencias antagónicas en la revista, que Jorge Warley –entre otros– señaló como su singularidad.

Por esta razón, Podlubne corroborará, en primer lugar, que ciertos debates desatados en la revista (como la polémica de Borges con Ortega y Gasset, y con Mallea; el desagravio a Borges del cual participan los integrantes de la revista en 1942 y el debate sobre moral y literatura impulsado por Victoria Ocampo en Mar del Plata en 1945) exponen propuestas estéticas diferentes. A partir de un uso del concepto barthesiano de moral, entendido como “modos en que los escritores afirman, en conflicto tácito o explícito con sus antagonistas, lo que quieren que la literatura sea y deje de ser, en un momento determinado” (18), Podlubne detectará dos morales antagónicas que comenzarán a disputarse el espacio de la revista, en una relación tensa y sutil que no quebrará, sin embargo, la comunidad de *Sur*: una humanista y otra formalista.

Según Podlubne, la moral humanista, cuyos representantes más visibles fueron Victoria Ocampo y Eduardo Mallea, entre otros, se ocupó de discutir el

rol del escritor y del arte en general en función de los valores trascendentales de la humanidad que distinguirían al escritor dentro de una minoría selecta:

Hay en la caracterización que propongo del humanismo de *Sur* tres núcleos relacionados: en primer término, el vínculo indisociable que esa moral proclama entre la persona y la obra del autor [...]; en segundo término, la defensa de la libertad o independencia política del escritor y su compromiso irrenunciable con los altos valores del espíritu y, por último, la adhesión a un modelo expresivo del lenguaje que presupone la existencia de una conciencia espiritual. (20)

Por otro lado está la moral formalista, cuyos máximos exponentes serían Bioy y Borges, y que en el segundo “tiene un alcance provisional y estratégico, orientado no solo a objetar los juicios establecidos por el humanismo, sino también los criterios propios del nacionalismo dominante en sectores del campo intelectual enfrentados al grupo” (21).

Pero lejos de considerar las prácticas poéticas de los representantes de estas morales, Podlubne realiza un desvío del estado de la cuestión y de las indagaciones que, por ejemplo, se han dividido en torno de las figuras de Borges y de Mallea, trayendo al foco caminos laterales a las dos morales: el de José Bianco y el de Silvina Ocampo. El desvío que lleva a la conformación del objeto se traslada, así, al corpus mismo. Porque Podlubne señalará con contundencia –cuestionando el lugar otorgado a esos escritores en los estudios sobre *Sur*– cómo esas dos morales ensayan caminos alternativos a las morales imperantes. Así, mientras Bianco, a partir de una estética de la ambigüedad, logra fundir –y tensionar– las preocupaciones tanto de la moral formalista como de la humanista, Silvina Ocampo, en cambio, en su primer libro, *Viaje olvidado* (1937), quiebra las dicotomías con una experimentación extrañada y refractaria, alternativa a las dos morales, que en *Autobiografía de Irene* (1944) se frustrará por la incidencia de las críticas de su hermana Victoria, que la llevarán a preocupaciones más acordes con las morales en pugna. Por eso mismo, señalará Podlubne, en uno de los mejores capítulos del libro, que, a diferencia de lo que suelen sostener los planteos críticos sobre su obra, el mejor libro de Silvina Ocampo, el que funda su singularidad, es el primero y no el segundo.

Nos hallamos, entonces, frente a una lectura de *Sur* que hace del juicio crítico una lateralidad permanente, que retoma los estados de la cuestión para desviarse de ellos y complejizarlos hasta hacerlos decir otra cosa. Y en este sentido, de manera sutil, pero siempre atenta, la lectura de Podlubne trae a primer plano una discusión sobre el valor literario/estético en el medio de la disputa cultural, que

las “lecturas del presente”, fundamentalmente de Josefina Ludmer, han promovido en los últimos años, señalando el fin del juicio estético y literario de la era de la autonomía literaria. Porque lo que señalan la lectura y el análisis desviados de Podlubne es algo fundamental para una discusión sobre el valor y la autonomía literaria: que en plena consolidación de la autonomía literaria del campo nacional argentino, no había –no podía haber– una sola forma de valoración del arte, sino un debate sobre sus límites y sus valores que se escenificó en *Sur*. Por lo tanto, que la autonomía no es una esfera cerrada en sí misma, sino un planteo sobre el arte/la literatura y sus relaciones como actividades singulares en relación con las demás praxis. Porque si la moral formalista puede leerse como una suerte de defensa –provisional y provocativa, por tanto, no del todo verdadera– de la especificidad literaria fundada en la forma estética, la moral humanista desafiaría esa especificidad reenviando a problemas que están más allá de la praxis literaria y que involucrarían los valores trascendentales del hombre y la propia vida. Si esto es así –como lo comprueba este libro–, *Sur* escenificaría, anticipadamente, el debate que hoy se presenta como novedad y quiebre, dejando abierta la puerta para conjeturar que, en realidad, las preocupaciones literarias y críticas del presente son un avatar más del devenir de una disputa cultural entramada en nuestra tradición literaria nacional que busca redefinirse otra vez con todas las posibilidades abiertas, incluso, con la de dejar fuera la noción misma de valor.

Pero además, precisamente por esa escenificación de los problemas del valor y del juicio estético, la lectura de Podlubne permite cuestionar la atribución de valor. Así como Richard Shusterman (“Entertainment Value. Intrinsic, Instrumental, and Transactional”, 2008) plantea que hay diferentes motivos por los cuales se puede atribuir valor a los objetos culturales –en un sentido amplio, que incluye, en su análisis, los objetos propios del medio audiovisual–, el libro de Podlubne también indicaría que el valor literario-cultural está sujeto a discusión y a redefinición permanente y no cosificado en un solo atributo, incluso en la era de lo que puede considerarse su autonomía. De modo que el valor sería siempre evanescente y siempre, por lo tanto, puesto en el límite de su fugacidad y de su desaparición. Y la presuposición de esta lateralidad, a la luz de la cual Podlubne discute, veladamente, con el presente de cierto sector de la crítica, y explícitamente con las lecturas sobre *Sur*, implica la fundación de una axiología propia, que discute y corre de eje las valoraciones de la revista misma y las de los estudios sobre *Sur* realizados hasta ese momento, al escoger, con total deliberación, dos escritores que tensionan y complejizan el sistema de valoración de la revista desde una lateralidad o extrañeza en sus propuestas estéticas. Esos objetos, que problematizan toda la discusión sobre el valor de la que la autora se

ocupa exhaustivamente en el primer capítulo, permiten vislumbrar los puntos de fuga que se elaboran en los caminos alternativos que se abren en el interior de las hegemonías culturales. Lo notable en este caso, además, es que esa lateralidad es metódicamente transitada a partir de una escritura ensayística con la que Podlubne persuade desde el inicio del libro.